

Las crines

Esta edición ha contado con el patrocinio de



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © rawpixel

© Marc Colell, 2026

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-65-3

Depósito legal: M-21.652-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marc Colell

LAS CRINES

Siruela

Nuevos Tiempos

Acta del Jurado del Premio Café Gijón 2025

Reunido el jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón, compuesto por Pilar Adón, Ricardo Menéndez Salmón, Gioconda Belli, Marcos Giralt Torrente y Mercedes Monmany, en calidad de presidenta, y actuando como secretario Ricardo Onís Romero, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2025 a la novela *Las crines*, del escritor Marc Colell.

La obra narra el doble viaje de su protagonista hacia el corazón de la pampa argentina y, al mismo tiempo, hacia el interior de sí mismo. Lo externo y lo íntimo, la tierra, la memoria y la observación social se entrelazan para componer un relato de descubrimiento y de transformación con una prosa que es a la vez poética y precisa. La novela convierte la crónica de un desplazamiento real en un ejercicio de introspección luminosa.

Café Gijón, en Madrid, a 11 de septiembre de 2025

PILAR ADÓN

GIOCONDA BELLI

MARCOS GIRALT TORRENTE

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

MERCEDES MONMANY

RICARDO ONÍS ROMERO

*Para Dani, Selva y Mariano (Paquito, hermano).
También mi casa*

«Me fui, como quien se desangra».
RICARDO GÜIRALDES,
Don Segundo Sombra

Ya estoy aquí, querida amiga. Llegué el domingo pasado, el último de octubre. Seguí tus consejos, tus indicaciones: el cambio de divisas, el autobús desde el aeropuerto, el taxi hasta la quinta. Recorrió medio mundo con tu llave en el bolsillo. No quise separarme de ella. Me acompañó durante el viaje como una pequeña superstición. La tomaba entre mis manos, de vez en cuando, y pensaba en la puerta que me esperaba, que terminaría por abrir.

Y ahora estoy aquí, en la cocina de La Magnolia. Son las cinco de la mañana. Acerqué la mesa a la ventana, cerca de la chimenea. Me siento aquí para escribir. Lamento el retraso. Puede que sea tarde, que lo sea para ti. Pero tú me lo pediste. Que te escribiera cuanto antes, nada más llegar, y que te hablara de la casa.

De la casa, de la quinta, como si se tratara de alguien, de un familiar o de un amigo. Y puede que lo sea realmente. Algo parecido a un organismo. Recuerdo el modo en que hablabas de ella. Por eso la recorro con cautela. No consigo sacudirme una extraña sensación de irrealidad, de aislamiento. No se trata de la casa exactamente. Es algo más, algo que hay afuera. Sus grandes espacios, la cocina, el salón, las habitaciones, la altura de sus techos... Toda esta amplitud se transforma en algo diminuto, en un pequeño

cascarón arrojado en un mar de tierra, una inmensidad desconocida. O puede que sea yo, mi forma de mirar, mis párpados, los que permanezcan en otro lugar, adheridos a otra superficie; que mis ojos, acostumbrados a los relieves del Empordà, no consigan encontrar, en estas planicies, un lugar cualquiera en que posarse. Y en este mundo mío, ya casi reducido a palabras, imagino un paisaje sin puntuación, sin acentos, sin ritmo... y puede que sin objeto y sin autor.

Todavía no ha amanecido, pero estará a punto de hacerlo. Escucho a los animales, afuera. Chirridos, lamentos, piñas. Serán los animales nocturnos. Buscarán la oscuridad en los troncos, en las raíces, bajo la tierra. Se acumularán en sus guaridas.

Cuando eso ocurra, cuando amanezca, saldré a la galería. Es lo que hice ayer, antes de ayer, y lo que espero hacer mañana. Necesito el hábito, la costumbre: me sostienen y me arropan como un aliento familiar. El sol aparecerá detrás de las casuarinas. Lo hará lentamente, como un boquete descomunal. Y esos árboles —que ahora son una frontera, un atributo de la oscuridad— empezarán a recortarse en el cielo, a proyectar sus enormes sombras. Aparecerá el campo, por atrás. Incomprensible, amarillento, infinito. Después, poco a poco, la extensión recobrará su verdor, asomarán otras arboledas, en el horizonte, cepillos diminutos que son bosques. Las vacas y los caballos salpicarán, con su presencia, la llanura. Muy pequeños, inmóviles, o moviéndose muy lentamente al ritmo de las nubes horizontales.

No lo espero. No espero el día, el amanecer. Pero poco importa nada de eso, de lo que yo espere o deje de esperar.

Las cosas ocurren, simplemente. Las cosas están ahí. El sol saldrá, terminará por salir, y empezará a secar el césped del jardín, la hierba de los campos... Y entonces lo haré, puede que lo haga, que te hable de estas cosas, de la belleza, como si lograra penetrarme de algún modo. Es solo una manera —extraña, contorsionada— de corresponder a tu invitación. Un cambio de aires, como decías. El campo. Argentina. Y una llave.